

Primera parte

Glorifique a Dios

¿Cómo puedo agradar y honrar a Dios en esta situación?

En conclusión, ya sea que coman o beban o hagan cualquier otra cosa, háganlo todo para la gloria de Dios.

1 Corintios 10:31

“¡No intentes entrar!”, gritó Francisco desde la puerta. “Tengo un bate, y golpearé a todo el que intente entrar”.

“Vamos, ¡abre la puerta, Francisco!”, respondió José desde el porche. “Sólo queremos hablar”.

“Esto se está saliendo de control”, dijo Juliana, mientras tiraba de la mano de José. “Creo que debemos llamar a nuestro abogado para que le hable a Francisco”.

“¡Pero el agente inmobiliario y el comprador estarán aquí en diez minutos! El trato se vendrá abajo si no pueden entrar para ver la casa”.

“¡Se vendrá abajo mucho más si los persigue con ese bate! Voy a llamar ahora mismo y postergar la reunión hasta que podamos hacer algo con Francisco”.

“De acuerdo, pero no voy a dejar que demore esta venta para siempre. Tienes dos días para sacarlo de ahí, Juliana, y luego vendré con mi propio bate. Estoy seguro que Juan y Mateo me acompañarán con todo gusto”.

José se dirigió furioso a su coche y salió de la propiedad abriendo un surco en la grava con las ruedas para demostrar su ira.

Mientras Juliana volvía manejando al pueblo, se sentía completamente atrapada entre sus cuatro hermanos. Desde que había muerto su madre, habían estado peleando por la granja. Francisco había nacido con una discapacidad que lo había mantenido en la casa toda su vida. En los primeros años su madre lo había cuidado, pero cuando se debilitó su salud Francisco se encargó de cuidarla, prácticamente sin moverse de su lado en ningún momento. Cuando finalizó sucumbiendo ante un infarto generalizado, el mundo de Francisco se derrumbó.

Las cosas empeoraron cuando se leyó el testamento de la madre. Con el padre habían establecido un fideicomiso muchos años antes para mantener a Francisco. En sus testamentos dejaron la granja por partes iguales a sus otros cuatro hijos. Ahora que ambos padres habían muerto, José, Juan y Mateo querían vender la propiedad cuanto antes. Cuando se lo dijeron a Francisco, estaba aterrado ante la idea de tener que salir de la única casa donde había vivido alguna vez. Como se resistía a la idea, se produjeron discusiones acaloradas, y ahora Francisco estaba arrinconado en la solitaria casa de la granja.

Si bien Juliana necesitaba el dinero de la venta tanto como sus hermanos, no le agradaba la idea de echar por la fuerza a Francisco. A los tres hermanos los tenía sin cuidado los temores de Francisco y decidieron seguir adelante. Juliana se sentía impotente para detenerlos.

Entonces recordó que su pastor había asistido recientemente a un seminario sobre la pacificación bíblica. Lo llamó y acordaron reunirse esa noche, lo cual produjo una fuerte discusión con tres de sus hermanos.

“Mire, pastor”, dijo José, “sólo le estoy pidiendo que respetemos los deseos de Mamá y sigamos la ley. Ella y Papá decidieron años atrás crear un fideicomiso para Francisco y dividir la granja entre el resto de nosotros. Como representante personal de la herencia de ella, mi responsabilidad legal es respetar su deseo. Sé que será algo duro para Francisco mudarse, pero hay un lindo complejo de departamentos en el pueblo. Se va a adaptar en seguida”.

“Pero podría matarlo”, imploró Juliana. “Perder a Mamá fue devastador para Francisco. Si lo obligamos a salir de la casa, perderá todo lo que le resulta conocido. Tengo miedo de lo que le vaya a causar”.

“Entonces, ¿qué hacemos?”, agregó Mateo. “¿Simplemente quedarnos sentados hasta que se muera en unos años para entonces dividir la propiedad? Tengo dos hijos en la universidad, y si Mamá estuviera aquí estoy seguro que querría que vendiésemos la granja para ayudarlos. Estoy de acuerdo con José. Deberíamos respetar el deseo de Mamá y seguir la ley”.

“Aprecio el respeto de ustedes por su madre y por la ley”, dijo el pastor Barry, “pero hay algo más a considerar. Todos ustedes dicen ser cristianos. Así que, ¿cuál es la diferencia entre la forma que están manejando este conflicto y la forma en que un buen ateo lo haría?”.

Luego de unos segundos de silencio incómodo, José dijo finalmente: “No estoy seguro de saber lo que quiere decir”.

“Déjenme ponerlo de otra forma. ¿Qué es más importante para ustedes en esta situación: conseguir su dinero lo antes posible, como lo haría la mayoría de las personas, o demostrar el amor de Cristo hacia su hermano?”.

“Ah, ya veo”, dijo Juan. “Usted quiere que seamos cristianos buenos que simplemente ceden ante los demás dejando lo que les corresponde por derecho”.

“No, no estoy diciendo eso. Dios ama la justicia, y sin duda quiere que ustedes respeten los deseos de sus padres. Pero hay algo que quiere aún más: verlos tratándose de una forma que demuestre el poder del evangelio en cada una de sus vidas”.

“Eso suena lindo, pastor”, contestó José, “pero no veo cómo se aplica la religión a este problema”.

“Si realmente quieren saberlo, ¿por qué no oramos juntos ahora mismo y pedimos a Dios que les muestre cómo pueden resolver este conflicto de una forma que lo honre a Él y *también* cumpla con los deseos de sus padres?”.

Dios contestó sus oraciones de una forma que José nunca había esperado.

Tres semanas después toda la familia extendida se reunió en la sala de banquetes de un restaurante del lugar. Juliana había vencido de alguna forma los temores de Francisco y lo había persuadido para que dejara la casa y se uniera a la familia en la cena. Doce nietos y nietas observaron absortos cuando entró en el salón y se sentó nerviosamente en un extremo de la mesa.

Como hijo mayor, José pidió la atención de todos. “Francisco, nuestra familia se ha reunido hoy para honrarte. Durante los últimos diez años te has dedicado a cuidar a Mamá. Hoy queremos entregarte esta placa especial. Dice: ‘Para nuestro hermano Francisco, el mejor de todos los hijos, que cuidó de nuestra madre con amor abnegado y devoción perdurable. Tu compañía llenó su vida de gozo y deleite, y fue para ella un recordatorio constante del amor de Dios. Con la gratitud más profunda para un hermano maravilloso, de José, Juan, Juliana y Mateo’”.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Francisco cuando José le entregó la placa. Antes que pudiera hablar, José le entregó un sobre.

“Francisco,” siguió, “en aprecio por todo lo que hiciste por Mamá, queremos darte este regalo. Es un acuerdo que hemos firmado todos que te da la propiedad vitalicia de la casa de la granja. Esto significa que podrás quedarte en ella mientras vivas. Encontramos un comprador que está dispuesto a comprar el resto del terreno de la granja. La titularidad de la casa pasará finalmente a nuestros hijos. Pero mientras quieras vivir en ella, queremos que sepas que esa es tu casa”.

Mientras Francisco tomaba fuertemente el sobre, el dique de emociones terminó por romperse. Meses de incertidumbre y temor dieron lugar a sollozos de alivio y gratitud. Cuando José se inclinó y abrazó a su hermano por primera vez en años, el hijo adolescente de José se inclinó hacia su hermana y le susurró: “Tal vez exista Dios, después de todo, porque Papá jamás habría hecho esto por su cuenta”.

=====

Cuando alguien nos maltrata o se nos opone, nuestra reacción instintiva es justificarnos a nosotros mismos y hacer todo lo que podemos para salirnos con la nuestra. Esta actitud egoísta normalmente produce decisiones impulsivas que sólo empeoran las cosas.

El evangelio de Jesucristo brinda una forma de salir de esta espiral descendente. Cuando recordamos lo que Jesús hizo por nosotros en la cruz, nuestro ensimismamiento ennegrecedor puede ser reemplazado por un deseo liberador de atraer la atención hacia la bondad y el poder de Dios. Como nos enseña Colosenses 3:1, 2: “Ya que han resucitado con Cristo, busquen las cosas de arriba, donde está sentado Cristo a la derecha de Dios. Concentren su atención en las cosas de arriba, no en las de la tierra”.

Centrarse en Dios es la clave para resolver conflictos constructivamente. Cuando recordamos su misericordia y tomamos de su fuerza, invariablemente vemos las cosas más claramente y respondemos al conflicto más sabiamente. Al hacerlo, podemos encontrar soluciones muchísimo mejores para nuestros problemas. Al mismo tiempo, podemos mostrar a los demás que realmente existe Dios, y que Él se deleita en ayudarnos a hacer cosas que jamás podríamos hacer por nuestra cuenta.

El conflicto brinda oportunidades

¡Hiciste bien, siervo bueno y fiel!

Mateo 25:21

Me encanta viajar de mochilero en las espectaculares montañas Beartooth de Montana. Un año salí a fines de la primavera con tres amigos. Los arroyos aún estaban crecidos por el deshielo de la nieve. Hicimos unos quince kilómetros por las montañas cuando nos encontramos con un arroyo cuyo puente había sido arrastrado por la correntada. El agua era profunda y fría al punto de congelación. Había un punto donde tal vez podríamos cruzar saltando de roca en roca, pero significaba arriesgarse a una caída en los rápidos.

Mientras estábamos parados allí tratando de decidir qué hacer, surgieron tres perspectivas distintas. Una persona vio al arroyo como un obstáculo peligroso. Temerosa de que uno de nosotros pudiera caerse y ser arrastrado por la corriente, quería volver y buscar otro sendero. Otro amigo vio el arroyo como un medio para demostrar lo fuerte que era él. Quería cruzar vadeando, aun cuando significara que estaría frío y mojado durante varias horas. Pero dos de nosotros vimos al arroyo como un desafío interesante. Estudiamos las rocas que llevaban al otro lado y determinamos dónde necesitaríamos tener un mayor apoyo. Encontramos un árbol caído en el bosque y lo acostamos sobre la brecha más grande entre las rocas.

En ese punto nuestros dos amigos comenzaron a cooperar con nosotros. Trabajando juntos, logramos cruzar a una persona a la otra ribera. Luego dos de nosotros nos paramos sobre las rocas en el medio del arroyo y pasamos las mochilas de un lado al otro. Uno por uno, saltamos de roca en roca, recibiendo el apoyo de la persona que estaba adelante. En poco tiempo, estábamos todos en la otra orilla, perfectamente secos y eufóricos por nuestro logro.

He encontrado que las personas consideran los conflictos de forma muy parecida a como mis amigos y yo vimos ese arroyo. Para algunos, el conflicto es un peligro que amenaza arrasarlos y dejarlos golpeados y dolidos. Para otros, es un obstáculo a conquistar rápidamente y decididamente, sin considerar las consecuencias. Pero algunas personas han aprendido que el conflicto es una oportunidad para resolver problemas comunes de una forma que honre a Dios y ofrezca beneficios a los involucrados. Como verá, esta última visión puede transformar la forma en que usted responde al conflicto.

La Loma Resbaladiza del Conflicto

Las personas responden al conflicto de tres formas básicas. Estas respuestas pueden ser distribuidas sobre una loma. Del lado izquierdo de la loma encontramos las *respuestas de*

escape al conflicto. Del lado derecho están las *respuestas de ataque*. Y, en el centro, encontramos las *respuestas de paz*.

Imagine que esta loma está cubierta de hielo. Si va demasiado hacia la izquierda o la derecha, pierde pie y se desliza por la loma. De igual forma, cuando uno experimenta conflictos, es fácil asumir una actitud defensiva o antagonica. Ambas respuestas empeoran las cosas y pueden llevar a reacciones más extremas.

Si usted quiere permanecer arriba de esta loma resbaladiza, deberá hacer dos cosas. Primero, pida a Dios que lo ayude a resistir la inclinación natural de escapar o atacar cuando se enfrenta al conflicto. Segundo, pídale que lo ayude a desarrollar la capacidad de vivir el evangelio usando la respuesta de paz que mejor se adapte a la resolución de un conflicto específico. Veamos cada una de estas respuestas con mayor detalle.



Respuestas de escape

Las tres respuestas que se encuentran del lado izquierdo de la loma resbaladiza se llaman *respuestas de escape*. Las personas tienden a usar estas respuestas cuando están más interesadas en evitar un conflicto que en resolverlo. Esta actitud es frecuente dentro de la iglesia, porque muchos cristianos creen que todo conflicto es malo o peligroso. Estas personas, como piensan que los cristianos siempre tienen que estar de acuerdo o temen que el conflicto dañará inevitablemente las relaciones, en general hacen una de tres cosas para escapar del conflicto.

Negación. Una forma de escapar del conflicto es hacer de cuenta que no existe. O, si no podemos negar que exista el problema, simplemente nos rehusamos a hacer lo que debe hacerse para resolver el conflicto adecuadamente. Estas repuestas traen sólo alivio temporal y normalmente empeoran las cosas (ver Génesis 16:1–6; 1 Samuel 2:22–25).

Huida. Otra forma de escapar del conflicto es huir. Esto puede incluir dejar la casa, terminar una relación, renunciar a un trabajo, pedir un divorcio o cambiar de iglesia. En la mayoría de los casos, la huida sólo posterga una solución adecuada de un problema (ver Génesis 16:6–8), así que ésta generalmente es una forma dañina de tratar un conflicto. Por supuesto, podrá haber ocasiones en que es apropiado retirarse respetuosamente de una situación confusa o emocional *temporalmente* para calmarse, organizar los pensamientos y

orar. La huida también puede ser una respuesta legítima en circunstancias seriamente amenazadoras, como en casos de abuso físico o sexual (ver 1 Samuel 19:9, 10). Sin embargo, si una familia está involucrada en una situación de este tipo, igual deberán hacerse todos los esfuerzos razonables para que encuentre una ayuda confiable y vuelva para buscar una solución duradera del problema. (Trataré esto con mayor detalle en el capítulo 9.)

Suicidio. Cuando las personas pierden toda esperanza de resolver un conflicto, pueden buscar escapar de la situación (o hacer un llamado desesperado de ayuda) intentando quitarse su propia vida (ver 1 Samuel 31:4). El suicidio nunca es la forma correcta de tratar un conflicto. Sin embargo, es trágico que el suicidio se haya vuelto la tercera causa principal de muerte entre los adolescentes de Estados Unidos, en parte porque hay tantos chicos que nunca aprendieron a enfrentar los conflictos constructivamente.

Respuestas de ataque

Las tres respuestas que se encuentran del lado derecho de la loma resbaladiza se llaman *respuestas de ataque*. Estas respuestas son usadas por personas que están más interesadas en ganar un conflicto que en preservar una relación. Esta actitud se ve en personas que consideran al conflicto como una competencia o una oportunidad para afirmar sus derechos, controlar a otros o sacar provecho de su situación. Las respuestas de ataque son usadas normalmente por personas que son fuertes y seguras de sí mismas. Pero también pueden ser usadas por las que se sienten débiles, temerosas, inseguras o vulnerables. Sea cual fuere el motivo, estas respuestas apuntan a poner la mayor presión necesaria sobre los oponentes como para eliminar su oposición.

Agresión. Algunas personas tratan de vencer a un oponente usando diversas formas de fuerza o intimidación, como ataques verbales (incluyendo el chisme o la calumnia), violencia física o esfuerzos para dañar a una persona financieramente o profesionalmente (Hechos 6:8–15). Esta conducta siempre empeora los conflictos.

Litigio. Otra forma de forzar a las personas a ceder a nuestra voluntad es llevarlas a juicio. Si bien algunos conflictos pueden ser llevados legítimamente ante un juez civil (ver Hechos 24:1–26:32; Romanos 13:1–5), las demandas generalmente dañan las relaciones y a menudo no logran una justicia completa. Cuando hay cristianos involucrados de ambos lados, su testimonio puede quedar dañado severamente. Por esto se les ordena a los cristianos que arreglen sus diferencias dentro de la iglesia en vez de hacerlo en los tribunales civiles (1 Corintios 6:1–8). Por lo tanto, es importante hacer todos los esfuerzos para arreglar una disputa fuera de los tribunales cada vez que sea posible (Mateo 5:25, 26; ver una discusión adicional en el Anexo D).

Asesinato. En casos extremos, las personas pueden estar tan desesperadas por ganar una disputa que intentarán matar a quienes se les oponen (ver Hechos 7:54–58). Si bien la mayoría de los cristianos difícilmente lleguen a matar a una persona, nunca debemos olvidar que somos culpables de asesinato a los ojos de Dios cuando albergamos ira o desprecio en nuestro corazón hacia otros (ver 1 Juan 3:15; Mateo 5:21, 22).

Hay dos formas en que las personas se desplazan hacia la zona de ataque. Algunas recurren a una respuesta de ataque apenas se encuentran con un conflicto. Otras se desplazan hacia esta zona luego de haber intentado escapar infructuosamente del conflicto. Cuando ya no pueden ignorar, disimular o huir del problema, van al otro extremo y atacan a quienes se les oponen.

Respuestas de paz

Las seis respuestas que se encuentran en la parte superior de la loma resbaladiza se llaman *respuestas de paz*. Estas respuestas son ordenadas por Dios, facultadas por el evangelio y orientadas a encontrar soluciones justas y mutuamente satisfactorias al conflicto. Cada una de estas respuestas será tratada en detalle en los siguientes capítulos, pero por ahora haremos una breve reseña.

Las primeras tres respuestas pueden denominarse de “*pacificación personal*”, porque pueden ser realizadas personalmente y privadamente, sólo entre usted y la otra parte. La inmensa mayoría de conflictos de la vida deberían poder resolverse y pueden resolverse de una de estas formas.

Pasar por alto una ofensa. Muchas disputas son tan insignificantes que deben ser resueltas pasando por alto silenciosamente una ofensa. “El buen juicio hace al hombre paciente; su gloria es pasar por alto la ofensa” (Proverbios 19:11; ver también 12:16; 17:14; Colosenses 3:13; 1 Pedro 4:8). Pasar por alto una ofensa es una forma de perdón e involucra una decisión deliberada de no hablar de ella, pensar en ella o dejar que se transforme en amargura o ira contenidas.

Reconciliación. Si una ofensa es demasiado seria como para pasarla por alto o ha dañado la relación, tenemos que resolver temas personales o relacionales a través de la confesión, la corrección amorosa y el perdón. “Si...tu hermano tiene algo contra ti...Ve primero y reconcílate con tu hermano” (Mateo 5:23, 24; ver Proverbios 28:13). “Hermanos, si alguien es sorprendido en pecado, ustedes que son espirituales deben restaurarlo con una actitud humilde” (Gálatas 6:1; ver Mateo 18:15). “Así como el Señor los perdonó, perdonen también ustedes” (Colosenses 3:13).

Negociación. Aun cuando resolvamos exitosamente temas *vinculados a la relación entre las partes*, tal vez necesitemos todavía solucionar temas *materiales* relacionados con dinero, propiedad u otros derechos. Esto debería hacerse a través de un proceso de negociación cooperativa en el que usted y la otra persona buscan llegar a un acuerdo que satisfaga las necesidades legítimas de cada lado. “Cada uno debe velar no sólo por sus propios intereses sino también por los intereses de los demás” (Filipenses 2:4).

Cuando una disputa no puede ser resuelta a través de una de las respuestas de paz personales, Dios nos llama a usar una de las tres siguientes respuestas de paz, denominadas de “*pacificación asistida*”. Estas respuestas exigen la participación de otras personas de su iglesia o su comunidad cristiana.

Mediación. Si dos personas no pueden alcanzar un acuerdo en privado, deberían pedir a una o más personas objetivas de afuera que se encuentren con ellas para ayudarlas a comunicarse más eficazmente y explorar soluciones posibles. “Si [tu hermano] no [te hace caso], lleva contigo a uno o dos más” (Mateo 18:16). Estos mediadores podrán hacer preguntas y dar consejos, pero no tienen ninguna autoridad para forzarlo a aceptar una solución específica.

Arbitraje. Cuando usted y su oponente no pueden arribar a un acuerdo voluntario sobre un tema material, podrán designar a uno o más árbitros para que escuchen sus argumentos y presenten una solución vinculante para resolver el asunto. En 1 Corintios 6:1–8, Pablo indica que es así como los cristianos deberían solucionar aun sus conflictos legales entre sí. “Si tienen pleitos sobre tales asuntos, ¿cómo es que nombran como jueces a los que no cuentan para nada ante la iglesia?” (1 Corintios 6:4).

Rendición de cuentas. Si una persona que dice ser cristiana se rehúsa a ser reconciliada y hacer lo correcto, Jesús ordena a los líderes de la iglesia que intervengan formalmente para que la persona rinda cuentas ante la Biblia y para promover el arrepentimiento, la justicia y el perdón: “Si se niega a hacerles caso a ellos, díselo a la iglesia” (Mateo 18:17). La participación directa de la iglesia se ve generalmente en forma negativa entre cristianos hoy, pero cuando se hace como lo indica Jesús —con amor, para redención y para restauración— puede ser la clave para salvar relaciones y producir justicia y paz.

Tendencias interesantes en la loma

La loma resbaladiza revela varias tendencias interesantes con relación a nuestras respuestas al conflicto. Al desplazarnos del extremo izquierdo de la loma hacia la derecha, (en sentido horario), nuestras respuestas tienden a ir de lo privado a lo público. Cuando no resolvemos una cuestión a través de respuestas privadas, más personas deben involucrarse cuando consideramos la mediación, el arbitraje y la rendición de cuentas ante la iglesia o aun el litigio para solucionar una disputa.

El desplazamiento de izquierda a derecha sobre la loma también implica pasar de soluciones voluntarias a soluciones forzadas. En todas las respuestas del lado izquierdo de la loma, las partes deciden su propia solución. Desde el arbitraje en adelante, otros imponen un resultado. En general, esto es menos aceptable para todos los involucrados.

Las respuestas extremas al conflicto también producen mayores pérdidas. Cada respuesta al conflicto le cuesta algo: usted debe renunciar a una cosa para obtener otra. Las respuestas de paz personal generalmente producen el intercambio más “redituable”; los beneficios de la solución de usted generalmente justifican el tiempo y la energía que invierte en alcanzar un acuerdo, especialmente desde un punto de vista espiritual. Cuanto más se aleja de la zona de pacificación personal en cualquier dirección, mayores serán sus costos, sea en tiempo, dinero, esfuerzo, relaciones o en una conciencia limpia.

Hay, también, tres paralelos dignos de señalar entre los dos lados de la loma resbaladiza. Ambos extremos del espectro terminan en muerte, ya sea a través del suicidio o el asesinato, que son problemas terribles en nuestra cultura. De forma similar, la agresión y la huida normalmente aparecen juntas en comportamientos de “pelear o huir”, en donde ambos lados evitan tratar las causas subyacentes del conflicto. Finalmente, el litigio normalmente es nada más que una negación y ataque profesionalmente asistido. Cuando uno ingresa al sistema contencioso legal, se espera que su abogado lo haga aparecer a usted como una persona intachable y describa a su oponente como la persona enteramente responsable del problema. Esta distorsión de la realidad normalmente tiene un efecto devastador en las relaciones.

Hay también algunos contrastes interesantes entre las distintas respuestas al conflicto. Primero, hay una diferencia en el enfoque. Cuando recorro a una respuesta de escape, generalmente me estoy centrando en “mí”. Estoy buscando lo que es fácil, conveniente o no amenazador para mí. Cuando uso una respuesta de ataque, generalmente me estoy centrando en “usted”, culpándolo y esperando que usted ceda y resuelva el problema. Cuando uso una respuesta de paz, me centro en “nosotros”. Soy consciente de los intereses de todos en la disputa, especialmente los de Dios, y trabajo hacia una responsabilidad mutua en la resolución de un problema.

El tema de las metas revela una segunda diferencia entre distintas respuestas. Las personas que usan respuestas de escape generalmente buscan “simular la paz”, es decir

hacer que las cosas parezcan estar bien aun cuando no lo estén. (Esto ocurre especialmente en la iglesia, donde las personas normalmente están más preocupadas por las apariencias que por la realidad de la paz.) Las respuestas de ataque son usadas por personas con tendencia a “romper la paz”. Están más que dispuestos a sacrificar la paz y unidad para conseguir lo que quieren. Quienes usan las respuestas en la parte superior de la loma resbaladiza están comprometidos con “hacer la paz” (pacificar), y trabajarán duro y parejo para lograr la verdadera justicia y una armonía genuina con los demás.

Finalmente, hay una diferencia en los resultados. Cuando una persona busca seriamente las respuestas de paz a un conflicto, hay una mayor probabilidad de que terminará viendo una reconciliación. En contraste, tanto las respuestas de escape como de ataque casi inevitablemente significan el final de la relación.

Las diferentes respuestas al conflicto y sus dinámicas asociadas quedaron en evidencia dramáticamente en un conflicto familiar que concilié. Se me pidió que ayudara a siete hermanos y hermanas adultos a resolver una disputa sobre si debían mantener a su madre anciana en su casa o ponerla en un hogar de retiro. Cinco de los hermanos estaban haciendo lo posible para escapar de la situación, ya sea haciendo de cuenta que no existía el conflicto o rehusándose a reunirse con los demás para discutirlo. Las otras dos se atacaban entre sí intensa y frecuentemente, calumniándose ante familiares y amigos, y luchando en los tribunales para lograr el control a través de una custodia legal.

El primer paso para resolver la disputa fue ayudar a que la familia modificara la forma en que había estado respondiendo a la situación. Los cinco hermanos que habían estado intentando escapar del problema finalmente vieron los beneficios de la mediación y acordaron reunirse. Las otras dos hermanas accedieron a regañadientes a la mediación, pero siguieron atacándose durante nuestras reuniones, acusándose mutuamente de motivos impropios y exigiendo soluciones encontradas. Nuestra inversión de tiempo y energía no estaba produciendo ningún resultado, y las relaciones estaban sufriendo daños adicionales.

Finalmente pedí hablar con las dos hermanas en privado. Dejando de lado el tema de la tutoría legal por un instante, les pedí que se fijaran en cómo se estaban tratando entre sí. Al examinar sus actitudes y comportamiento a la luz de unos pocos pasajes bíblicos pertinentes, el Señor comenzó a obrar en sus corazones. Finalmente surgió a la superficie la verdadera causa del conflicto. Casi veinte años atrás, una hermana había dicho algo que había lastimado profundamente a la otra. La hermana ofendida pensó obsesivamente en el insulto, lo cual envenenó la relación cada vez más. En consecuencia, se enfrentaban en todo, aun cuando involucrara el cuidado de su madre.

Mientras seguíamos hablando y orando, comenzaron a tratar con sus sentimientos y acciones a la luz del evangelio. Dios ablandó sus corazones y las llevó a confesar sus pecados y perdonarse mutuamente. Con lágrimas en los ojos, se abrazaron por primera vez en veinte años. Pronto se unieron a sus otros hermanos y les explicaron lo que había sucedido. En cinco minutos los siete hijos acordaron que su madre estaría más feliz en su propia casa, y en quince minutos más negociaron un cronograma para su cuidado. Como imaginaré, cuando le dieron la noticia esa noche la reconciliación de sus hijos le trajo más gozo que la decisión sobre el lugar donde viviría.

Una visión bíblica del conflicto

Muchos de los problemas asociados con las respuestas de escape y ataque al conflicto pueden evitarse si usted aprende a mirar y responder al conflicto de una forma bíblica. En

su Palabra, Dios ha explicado por qué ocurren los conflictos y cómo deberíamos tratarlos. Cuanto más entendamos y obedezcamos lo que Él enseña, más eficaces seremos a la hora de resolver desacuerdos con otras personas. A continuación damos algunos de los principios básicos detrás de una visión bíblica del conflicto.

Comencemos nuestra discusión definiendo el conflicto como *una diferencia de opinión o propósito que frustra las metas o deseos de una persona*. Esta definición es lo suficientemente amplia como para incluir variaciones de gusto inocuas, como un cónyuge que prefiere pasar las vacaciones en las montañas mientras el otro prefiere la costa, así como discusiones hostiles, como peleas, rencillas, demandas legales o divisiones de iglesias.

Hay cuatro causas principales de conflicto. Algunas disputas surgen por malentendidos producto de la mala comunicación (ver Josué 22:10-34). Las diferencias de valores, metas, dones, llamados, prioridades, expectativas, intereses u opiniones también pueden llevar al conflicto (ver Hechos 15:39; 1 Corintios 12:12-31). La competencia por recursos limitados, como tiempo o dinero, es una fuente frecuente de disputas en familias, iglesias y empresas (ver Génesis 13:1-12). Y, como veremos a continuación, muchos conflictos son causados o agravados por actitudes y hábitos pecaminosos que conducen a palabras y acciones pecaminosas (ver Santiago 4:1, 2).

Sin embargo, el conflicto no es necesariamente malo. De hecho, la Biblia enseña que *algunas* diferencias son naturales y beneficiosas. Dado que Dios nos ha creado como individuos únicos, los seres humanos a menudo tendrán opiniones, convicciones, deseos, perspectivas y prioridades distintas. Muchas de esas diferencias no son inherentemente buenas o malas; son simplemente producto de la diversidad y las preferencias personales que Dios nos ha dado (ver 1 Corintios 12:21-31). Manejados correctamente, los desacuerdos en estas áreas pueden estimular un diálogo productivo, alentar la creatividad, promover cambios útiles y, en general, hacer la vida más interesante. Por lo tanto, si bien debemos buscar la *unidad* en nuestras relaciones, no debemos exigir *uniformidad* (ver Efesios 4:1-13). En vez de evitar todos los conflictos o exigir que los demás siempre estén de acuerdo con nosotros, debemos regocijarnos en la diversidad de la creación de Dios y aprender a aceptar a personas que simplemente ven las cosas de forma diferente a la nuestra y trabajar con ellas (ver Romanos 15:7; comparar con 14:1-13).

Sin embargo, no todos los conflictos son neutros o beneficiosos. La Biblia enseña que muchos desacuerdos son el resultado directo de nuestras actitudes y comportamientos pecaminosos. Como nos dice Santiago 4:1, 2: “¿De dónde surgen las guerras y los conflictos entre ustedes? ¿No es precisamente de las pasiones que luchan dentro de ustedes mismos? Desean algo y no lo consiguen. Matan y sienten envidia, y no pueden obtener lo que quieren. Riñen y se hacen la guerra...” Cuando un conflicto es producto de deseos o acciones pecaminosas que son demasiado serios como para pasar por alto, debemos evitar la tentación de escapar o atacar. En cambio, necesitamos seguir una de las respuestas de paz al conflicto, que puede ayudarnos a llegar a la raíz del conflicto y restablecer la paz genuina.

Lo que es más importante, la Biblia enseña que no debemos ver el conflicto como un inconveniente ni como una oportunidad para forzar nuestra voluntad sobre otros, sino como una ocasión para demostrar el amor y el poder de Dios en nuestra vida. Es lo que Pablo dijo a los cristianos de Corinto, cuando había disputas religiosas, legales y dietéticas que amenazaban con dividir su iglesia:

En conclusión, ya sea que coman o beban o hagan cualquier otra cosa, háganlo todo para la gloria de Dios. No hagan tropezar a nadie, ni a judíos, ni a gentiles ni a la iglesia de Dios. Hagan como yo, que procuro agradar a todos en todo. No busco mis propios intereses sino los de los demás, para que sean salvos. Imítenme a mí, como yo imito a Cristo.

1 Corintios 10:31–11:1

Este pasaje presenta una visión radical del conflicto: Nos alienta a verlo como una oportunidad para glorificar a Dios, servir a otros y llegar a ser como Cristo. Esta perspectiva podrá parecer ingenua y poco práctica a primera vista, especialmente para alguien que está actualmente enredado en una disputa. Sin embargo, como verá, esta visión puede inspirar respuestas asombrosamente prácticas ante un conflicto. Estas respuestas se describen en detalle más adelante en el libro, pero será útil dar una reseña en este momento.

Glorifique a Dios

El conflicto siempre brinda una oportunidad para glorificar a Dios, es decir darle alabanza y honor al mostrar quién es, cómo es y lo que está haciendo. La mejor forma de glorificar a Dios en medio del conflicto es atraer la atención a su gracia, o sea el amor, misericordia, perdón, fuerza y sabiduría inmerecidos que nos da a través de Jesucristo, y depender de esa gracia. Puede hacerlo de distintas formas.

Primero, *usted puede confiar en Dios*. En vez de confiar en sus propias ideas y capacidades al responder a las personas que se le oponen, pida a Dios que le dé su gracia para depender de Él y seguir sus caminos, aun cuando sean completamente opuestos a lo que usted tiene ganas de hacer (Proverbios 3:5–7). Ante todo, aférrese fuertemente a las promesas liberadoras del evangelio. Confíe en que Jesús ha perdonado sus pecados, y confiélos libremente. Crea que Él está usando las presiones del conflicto para ayudarlo a crecer, y coopere con Él. Dependá de la seguridad que Él le da de que siempre lo guarda, y deje de temer lo que otros podrían hacerle. Sepa que Él disfruta de exhibir su poder santificador en la vida de usted, e intente hacer las cosas que nunca podría lograr con su propia fuerza, como perdonar a alguien que lo ha herido profundamente. Al confiar en el Señor de estas formas “antinaturales”, las personas tendrán la oportunidad de ver que Dios es real y alabarlo por su obra en la vida de usted (ver Hechos 16:22–31).

Segundo, *usted puede obedecer a Dios*. Una de las formas más poderosas de glorificar a Dios es hacer lo que Él ordena (Mateo 5:16; Juan 17:4; Filipenses 1:9, 10). Como dijo Jesús: “Mi Padre es glorificado cuando ustedes dan mucho fruto y muestran así que son mis discípulos” (Juan 15:8). Obedecer los mandamientos de Dios sin transigir lo honra a Él al mostrar que sus caminos son completamente buenos, sabios y confiables. Nuestra obediencia también demuestra que Él es digno de nuestro amor y devoción más profundos. Jesús dijo: “Si ustedes me aman, obedecerán mis mandamientos... ¿Quién es el que me ama? El que hace suyos mis mandamientos y los obedece... El que me ama, obedecerá mi palabra... El que no me ama, no obedece mis palabras... el mundo tiene que saber que amo al Padre, y que hago exactamente lo que él me ha ordenado que haga” (Juan 14:15–31; ver 1 Juan 5:3 y 2 Juan 5, 6). Esta repetición enfatiza un punto crítico para nuestras vidas: Si usted quiere honrar a Jesús y mostrar que Él es digno de ser amado más que nada en el mundo, conozca sus caminos y obedezca sus mandamientos.

Tercero, *usted puede imitar a Dios*. Cuando los creyentes de Éfeso estaban luchando con el conflicto, el apóstol Pablo les dio este consejo, que es para todos los tiempos: “Por tanto, imiten a Dios, como hijos muy amados, y lleven una vida de amor, así como Cristo nos amó y se entregó por nosotros como ofrenda y sacrificio fragante para Dios” (Efesios 5:1, 2; ver 1 Juan 2:6). Como sabía Pablo, imitar a Jesús en medio del conflicto es la senda más segura para restablecer la paz y la unidad con quienes se nos oponen (ver Ef. 4:1–3). Lo que es más importante, cuando vivimos el evangelio y reflejamos la humildad, misericordia, perdón y corrección amorosa de Jesús, sorprendemos al mundo y damos evidencia concreta de la presencia y el poder del Señor en nuestra vida (ver Filipenses 1:9–11; 1 Pedro 2:12).

Cuarto, *usted puede reconocer a Dios*. Al darle Dios gracia para responder al conflicto de formas inusuales y efectivas, a menudo otros tomarán nota y se preguntarán cómo lo hace usted. Si permanece en silencio, podrían darle a usted el crédito por las cosas asombrosas que ha hecho, quitándole a Dios su gloria. En cambio, use estas oportunidades especiales para transmitir gracia a otras personas diciéndoles que es Dios quien ha estado obrando en usted para hacer cosas que jamás podría hacer por su cuenta (Filipenses 2:13; 1 Pedro 3:14–16). Luego vaya y comparta el evangelio, hablándoles del amor de Jesús por ellos, su obra salvadora en la cruz y su oferta de perdonar sus pecados y liberarlos de las actitudes y acciones que conducen al conflicto. Tal vez cuente con su atención sólo durante un instante. Aprovechélo al máximo apuntando directamente a Jesús y dándole toda la gloria.

Cada vez que se encuentre con un conflicto, inevitablemente mostrará lo que realmente piensa de Dios. Si usted quiere mostrar que lo ama “con todo su corazón, con toda su alma y con toda su mente” (Mateo 22:37), entonces pídale que lo ayude a confiar en Él, a obedecerlo, a imitarlo y a reconocerlo, especialmente cuando es difícil hacerlo. Este comportamiento honra a Dios y muestra a otros cuán digno es Él de su devoción y alabanza.

Este principio fue ilustrado poderosamente en la vida del apóstol Pedro. Justo antes que Jesús ascendiera al cielo, advirtió a Pedro que sería ejecutado por su fe. En Juan 21:19 se nos dice que “Esto dijo Jesús para dar a entender la clase de muerte con que Pedro glorificaría a Dios”. ¿Cómo podría Pedro glorificar a Dios con su muerte? Él mostraría que Dios es tan excelente y confiable, y sus caminos son tan perfectos, que es mejor morir que alejarse de Él o desobedecer sus mandamientos (ver Daniel 3:1–30; 6:1–28; Hechos 5:17–42; 6:8–7:60). Pedro estaba dispuesto a pagar el precio más alto posible —su propia vida— para mostrar cuánto amaba y confiaba en Dios.

Glorificar a Dios también lo beneficiará a *usted*, especialmente cuando está involucrado en un conflicto. Muchas disputas comienzan o empeoran porque una o ambas partes ceden a sus emociones y dicen cosas que luego lamentan. Cuando usted se centra en confiar en Dios, obedecerlo, imitarlo y reconocerlo, estará menos inclinado a caer en estas prácticas. Como dice el Salmo 37:31, “La ley de Dios está en su corazón, y sus pies jamás resbalan”.

El otro beneficio de un enfoque centrado en Dios en la resolución de un conflicto es que lo hace a usted menos dependiente de los resultados. Aun cuando los demás se rehúsen a responder positivamente a sus esfuerzos de hacer la paz, usted puede encontrar consuelo al saber que Dios se complace en su obediencia. Ese conocimiento puede ayudarlo a perseverar en situaciones difíciles.

Es importante darse cuenta de que si usted no glorifica a Dios cuando está involucrado en un conflicto, inevitablemente glorificará a otra persona o cosa. Mediante sus acciones

usted mostrará una de dos cosas: o que tiene un gran Dios o que tiene un gran ego y grandes problemas. Dicho de otra forma, si usted no se centra en Dios, se centrará inevitablemente en usted y en su voluntad, o en otras personas y la amenaza de sus voluntades.

Una de las mejores formas de mantener su foco en el Señor es hacerse continuamente estas preguntas: ¿Cómo puedo agradar y honrar a Dios en esta situación? Específicamente, ¿cómo puedo llevar alabanza a Jesús mostrando que Él me ha salvado y me está cambiando? Buscar agradar a Dios es una brújula poderosa para mi vida, especialmente cuando nos enfrentamos a desafíos difíciles. Jesús mismo estuvo guiado por estas metas. Dijo: “No busco hacer mi propia voluntad sino cumplir la voluntad del que me envió” (Juan 5:30). “El que me envió está conmigo; no me ha dejado solo, porque siempre hago lo que le agrada” (Juan 8:29). “Yo te he glorificado en la tierra, y he llevado a cabo la obra que me encomendaste” (Juan 17:24). El rey David mostró el mismo deseo cuando escribió: “Sean, pues, aceptables ante ti mis palabras y mis pensamientos, oh Señor, roca mía y redentor mío” (Salmos 19:14).

Cuando exhibir las riquezas del amor de Dios y agradecerle es más importante que aferrarse a cosas del mundo y agradarse uno mismo, se vuelve cada vez más natural responder al conflicto con gracia, sabiduría y autocontrol. Este enfoque da gloria a Dios y prepara el escenario para una pacificación eficaz.

Sirva a otros

Como Pablo les recordó a los corintios, el conflicto también brinda una oportunidad para servir a otros. Esto suena absurdo desde una perspectiva mundana, porque el mundo dice: “Preocúpate de Número Uno”. Pero Jesús dice: “Amen a sus enemigos, hagan bien a quienes los odian, bendigan a quienes los maldicen, oren por quienes los maltratan” (Lucas 6:27, 28). Claramente, *no* estamos liberados del mandamiento de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, aun cuando ese prójimo nos esté odiando, maldiciendo o maltratando. En vez de reaccionar duramente o buscando venganza, Dios nos llama a ser misericordiosos con quienes nos ofenden, así como Él es misericordioso con nosotros (Lucas 6:36). No podemos servir a otros de esta forma con nuestras propias fuerzas. Debemos inspirar continuamente la gracia de Dios (a través del estudio de su Palabra, la oración, la adoración y la comunión cristiana), y luego espirar su amor, misericordia, perdón y sabiduría hacia los demás a través de nuestras palabras y acciones. Usted podrá hacerlo de varias formas.

En algunas situaciones, Dios podrá usarlo para ayudar a un oponente a entender los intereses de él o ella y encontrar mejores soluciones para sus problemas que los que la persona habría desarrollado por su cuenta (Filipenses 2:3, 4). Si usted sigue los principios de negociación descritos en el capítulo 11, a menudo podrá desarrollar formas creativas de satisfacer simultáneamente sus propias necesidades y las necesidades de su oponente. En vez de dejar que el conflicto los enfrente, pueden aprender a trabajar juntos contra un problema común.

En otros casos, el Señor podría darle una oportunidad para llevar las cargas de su oponente proveyendo para sus necesidades espirituales, emocionales o materiales (Gálatas 2:9, 10). Podría ocurrir que su conflicto tiene poco que ver con verdaderas diferencias entre ambos y mucho con otros problemas en la vida de su oponente. Cuando las personas arremeten contra usted, a veces es un síntoma de otras frustraciones. (Este comportamiento

es especialmente frecuente en familias y relaciones estrechas.) En vez de reaccionar defensivamente, trate de discernir formas en que puede ayudar a los demás a tratar con esos problemas. Esto no significa que deba asumir las responsabilidades de ellos. Más bien, debería ayudarlos a levantar aquellas cargas que están más allá de las capacidades de ellos. Este tipo de comportamiento trae gloria a Dios y podría ablandar el corazón de un oponente y abrir el camino para la reconciliación (ver Romanos 12:20).

El Señor también podría usarlo para ayudar a otros a ver dónde se han equivocado y necesitan cambiar (Gálatas 6:1, 2). Como veremos más adelante, esto generalmente involucrará una corrección en privado. Si esto no funciona, Dios podría involucrar a otros en la iglesia para ayudar a producir el arrepentimiento y el cambio necesarios.

El conflicto también da oportunidades para alentar a otros a confiar en Jesucristo. Cuando usted está involucrado en un conflicto, su oponente y varios espectadores lo estarán observando detenidamente. Si usted se comporta de una forma mundana, dará a los no creyentes todavía una excusa más para ridiculizar a los cristianos y rechazar a Cristo. Por otra parte, si usted exhibe el amor de Dios y responde con humildad, sabiduría y autocontrol no naturales, quienes lo estén observando podrían preguntarse dónde encontró el poder para comportarse así, y esto podría abrir la puerta para presentarles a Cristo (1 Pedro 3:15, 16).

Finalmente, servir a otros en medio del conflicto es una forma poderosa de enseñar y alentar a otros mediante su ejemplo. Cada vez que esté en conflicto, a menudo habrá muchas más personas observándolo que lo que usted se da cuenta. Si usted sucumbe a las emociones pecaminosas y arremete contra sus enemigos, otros se sentirán justificados para hacer lo mismo. Pero si usted responde a quienes le hacen mal con amor y autocontrol, muchas personas podrían ser inspiradas por su ejemplo (ver 1 Corintios 4:12, 13, 16; 1 Timoteo 4:12; Tito 2:7). Esto es especialmente importante si usted es padre o abuelo. Sus hijos observan constantemente cómo usted maneja los conflictos. Si usted tiene una actitud defensiva, crítica, irracional e impulsiva, probablemente ellos desarrollen el mismo comportamiento. Pero si usted transmite gracia, sus hijos se verán alentados a imitarlo. Lo que ellos aprendan de usted acerca de la pacificación podrá tener un impacto profundo en la forma en que manejen los conflictos en la escuela, en el lugar de trabajo y en sus propios matrimonios.¹

Crezca según la imagen de Cristo

La mayoría de los conflictos también brindan una oportunidad para llegar a ser más como Cristo. Como Pablo instó en su Carta a los Corintios: “Imítenme a mí, como yo imito a Cristo” (1 Corintios 11:1). Pablo explicó con mayor detalle esta oportunidad cuando escribió a los cristianos de Roma: “Ahora bien, sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito. Porque a los que Dios conoció de antemano, también los predestinó *a ser transformados según la imagen de su Hijo*, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos” (Romanos 8:28, 29, énfasis agregado; ver 2 Corintios 3:18).

El propósito supremo de Dios no es que usted se sienta cómodo, saludable y feliz. Si usted ha puesto su fe en Él, Él tiene algo mucho más maravilloso en mente: ¡quiere transformarlo según la imagen de su Hijo! Comenzó a cambiarlo el día en que usted puso su confianza en Él, y continuará este proceso durante toda su vida. El conflicto es una de las muchas herramientas que Dios usará para ayudarlo a desarrollar un carácter más

parecido a Cristo. Para comenzar, podrá usar el conflicto para recordarle sus debilidades y para alentarle a depender más de Él (2 Corintios 12:7–10). Cuanto más usted dependa de su gracia, sabiduría y poder, más estará imitando al Señor Jesús (Lucas 22:41–44).

Dios también podrá usar el conflicto para dejar en evidencia actitudes y hábitos pecaminosos en su vida. El conflicto es especialmente eficaz para deshacer apariencias y revelar un orgullo obstinado, un corazón amargo y no perdonador, o una lengua crítica. Cuando tenga que pasar por una disputa y estas características pecaminosas aparezcan en la superficie, tendrá la oportunidad de reconocer su existencia y pedir la ayuda de Dios para vencerlas (Salmos 119:67).

Sin embargo, ser como Jesús implica algo más que simplemente reconocer debilidades y confesar pecados. Para crecer, usted deberá tomar también de su gracia y practicar nuevas actitudes y hábitos. Así como los atletas desarrollan sus músculos y destrezas a través del entrenamiento arduo, usted verá mayor crecimiento cuando piense y actúe repetidamente de la forma correcta en respuesta a circunstancias desafiantes. Por ejemplo, cuando las personas lo provoquen y lo frustren, desarrolle paciencia. Cuando se vea tentado a darse por vencido con una persona, ejercite la fidelidad. El conflicto brinda una rica combinación de este tipo de pruebas, cada una de las cuales puede fortalecer y refinar su carácter. Como señala Charles Swindoll: “Si usted escucha las voces a su alrededor, buscará un sustituto, una ruta de escape. Desaprovechará el hecho de que cada uno de esos problemas es un instructor designado por Dios, listo para exigirle y desafiarlo, y profundizar su andar con Él. El crecimiento y la sabiduría lo esperan con la solución de cada problema, independientemente del dolor y el aprieto”.²

Dios usa el conflicto para exigirle y desafiarlo de formas cuidadosamente hechas a medida. El proceso a veces se denomina “el ABC del crecimiento espiritual”: la Adversidad es la Base del Carácter. Al preocuparse menos por *atravesar* el conflicto y centrarse más en *crecer* a través del conflicto, usted realzará ese proceso y experimentará la bendición incomparable de ser transformado según la imagen de Cristo.

Las Cuatro Columnas de la Pacificación

Las tres oportunidades del conflicto dan lugar a las cuatro columnas de la pacificación. Las tres primeras columnas se corresponden uno a uno con las tres oportunidades (en un orden levemente diferente), mientras que la cuarta columna abarca las tres oportunidades. Las cuatro columnas pueden resumirse en cuatro preguntas básicas, que consideraremos en detalle en capítulos posteriores:

Glorifique a Dios: ¿Cómo puedo agradecer y honrar a Dios en esta situación?

Saque la viga de su ojo: ¿Cómo puedo demostrar la obra de Jesús en mí asumiendo la responsabilidad por mi contribución a este conflicto?

Restauré humildemente: ¿Cómo puedo servir a otros amorosamente ayudándolos a asumir su responsabilidad por su contribución a este conflicto?

Vaya y reconcíliese: ¿Cómo puedo demostrar el perdón de Dios y propiciar una solución razonable a este conflicto?

He usado estas cuatro columnas en cientos de conflictos a lo largo de las últimas dos décadas, y aún tengo que encontrar una situación en la que no brindaron orientación práctica y eficaz. Sea que estuviera enfrentando un desafiante niño de cinco años, una

congregación dividida o un abogado exigiendo un millón de dólares, las Cuatro Columnas siempre me han dado una pista confiable por la cual correr mientras buscamos la paz.

Mayordomía del conflicto

Ver el conflicto como una oportunidad nos lleva a un enfoque asombrosamente eficaz del manejo del conflicto, que yo llamo “mayordomía”. Este enfoque da a la frase *administración del conflicto* un sentido muy particular. Cuando Jesús hablaba de administrar algo, se refería a un siervo que había sido contratado por su amo con ciertos recursos y responsabilidades (ej: Lucas 12:42). La Biblia denomina a este tipo de persona “mayordomo”. No se supone que un mayordomo administre cosas para su propio placer, conveniencia o beneficio. En cambio, se espera que siga las instrucciones del amo y busque los intereses de su amo, aun cuando entren en conflicto con sus propios deseos o conveniencia (Juan 12:24–26).

El concepto de mayordomía es especialmente pertinente en la pacificación. Cada vez que usted esté involucrado en un conflicto, Dios le ha dado una oportunidad de administración. Lo ha facultado a través del evangelio y le ha confiado habilidades y recursos espirituales. Su Palabra explica claramente cómo Él quiere que usted administre la situación. Cuanto más fielmente usted tome de su gracia y siga sus instrucciones, más probable es que vea una solución constructiva y una reconciliación genuina. La mayordomía fiel también lo dejará con una conciencia limpia ante Dios, independientemente de las acciones de quienes se le oponen.

La Biblia brinda una descripción detallada de los rasgos de carácter que se requieren para administrar un conflicto productivamente. Muchas de estas cualidades se tratarán más adelante en el libro, pero algunas de ellas merecen una atención inmediata. Si usted quiere ser un mayordomo eficaz, necesita estar:

Motivado. Como hemos visto, el evangelio brinda una motivación enorme para responder al conflicto constructivamente. Al recordar y regocijarse continuamente por lo que el Señor ha hecho para usted, se verá inspirado a vencer actitudes egoístas y miopes, y entregarse de todo corazón a servir y honrar a su Amo.

Informado. Como mayordomo, también necesita entender la voluntad de su Amo (ver Lucas 12:47). Esto no es difícil, porque Dios ha puesto por escrito sus instrucciones para usted. A través de la Biblia, Él brinda una orientación clara y confiable de cómo quiere que usted encare cada aspecto de la vida. La Biblia no es meramente una colección de ritos religiosos e ideales loables. Además de mostrarnos cómo conocer a Dios personalmente, brinda instrucciones detalladas y prácticas sobre cómo tratar con los problemas que surgen del diario vivir (2 Timoteo 3:16, 17). Entender la Palabra de Dios es un ingrediente esencial de la sabiduría, que es la capacidad de aplicar la verdad de Dios a las complejidades de la vida. Tener sabiduría no significa que usted entiende todos los caminos de Dios; significa que usted responde a la vida de la forma de Dios (Deuteronomio 29:29). Cuanto más conozca la Biblia, más sabio será y más eficazmente tratará con el conflicto.³

Fortalecido. Usted no está solo cuando está administrando un conflicto: “El Señor recorre con su mirada toda la tierra, y está listo para ayudar a quienes le son fieles” (2 Crónicas 16:9a; ver 1 Corintios 10:13). Dios brinda esta fuerza a todos los cristianos a través del Espíritu Santo, que juega un papel esencial en la pacificación. Además de ayudarlo a entender la voluntad de Dios (1 Corintios 2:9–15), el Espíritu le brindará los dones espirituales, la gracia y la fortaleza que usted necesita para responder al conflicto de

una forma que dé honor a Cristo y edifique su iglesia (Gálatas 5:22, 23; Efesios 3:16–21; 2 Timoteo 1:7; 1 Pedro 4:10, 11). Esta ayuda está disponible para usted a solicitud, y este es el motivo por el cual se hace énfasis en la oración a lo largo de este libro.⁴

Dependiente. En ocasiones, el conflicto puede llevarlo más allá de sus límites. Podría costarle mucho entender cómo responder ante una situación específica, o tal vez se cansa tanto que pierda su determinación para hacer lo correcto. Cuando ocurra esto, vuélvase a la iglesia y busque cristianos espiritualmente maduros que lo alentarán, le darán consejos bíblicamente sólidos y apoyarán sus esfuerzos de ser fiel a Dios (Proverbios 12:15; 15:22; 1 Tesalonicenses 5:10, 11; Hebreos 10:24, 25). No se verá ayudado por personas que muy probablemente le digan lo que quiere que le digan (2 Timoteo 4:3). Por lo tanto, asegúrese de recurrir a personas que lo amarán lo suficiente como para ser sinceras con usted. Al depender de consejeros piadosos y someterse al consejo de la iglesia, podrá resolver muchos conflictos que de otra forma lo derrotarían.

Fiel. Tal vez la característica más importante de un mayordomo sea la fidelidad. “Ahora bien, a los que reciben un encargo se les exige que demuestren ser dignos de confianza” (1 Corintios 4:2). La fidelidad no es cuestión de resultados; es cuestión de obediencia dependiente. Dios sabe que usted no puede controlar a otras personas, así que no lo hará responsable del resultado final del conflicto (Romanos 12:18). Lo que se fijará es si usted buscó su poder y guía, si recordó la libertad y el poder que tiene a través del evangelio, y si obedeció sus mandamientos y usó sabiamente los recursos que Él le ha dado. Si usted dependió de Él e hizo su mejor esfuerzo por resolver un conflicto de una forma amorosa y bíblica, no importa cómo resulte la situación, usted se habrá ganado ese maravilloso elogio: “¡Hiciste bien, siervo bueno y fiel!” (Mateo 25:21a).

Resumen y aplicación

El conflicto brinda oportunidades para glorificar a Dios, servir a otros y crecer según la imagen de Cristo. Estas oportunidades, que a veces se describen como ser fiel a Dios, ser misericordioso para con los demás y actuar rectamente nosotros, son elogiadas a lo largo de la Biblia. En Miqueas 6:8 se nos dice: “¡Ya se te ha declarado lo que es bueno! Ya se te ha dicho lo que de ti espera el Señor: Practicar la justicia, amar la misericordia, y humillarte ante tu Dios”. De la misma forma, Jesús nos enseña a prestar atención a “los asuntos más importantes de la ley, tales como la justicia, la misericordia y la fidelidad” (Mateo 23:23). Al vivir el evangelio y convertir las prioridades del Señor en sus propias prioridades, usted puede convertir cada conflicto en un peldaño para llegar a una relación más estrecha con Dios y una vida cristiana más satisfactoria y fructífera.

Si usted está involucrado actualmente en un conflicto, estas preguntas le ayudarán a aplicar los principios presentados en este capítulo a su situación:

1. Resuma brevemente su disputa según la percibe usted, colocando los sucesos en orden cronológico de la mejor forma posible. En particular, describa lo que usted ha hecho para resolver la disputa.
2. ¿Qué respuesta al conflicto (del diagrama de la loma resbaladiza) ha estado usando para resolver esta disputa? ¿De qué forma su respuesta ha mejorado o empeorado la situación?
3. ¿Cuáles han sido sus metas principales al intentar resolver esta disputa?

4. De aquí en adelante, ¿cómo podría glorificar usted a Dios a través de este conflicto? Específicamente, ¿cómo podría agradar y honrar a Dios en esta situación y dar alabanza a Jesús al mostrar que lo ha salvado y lo está cambiando a usted?
5. ¿Cómo puede servir a otros a través de este conflicto?
6. ¿Cómo puede crecer usted más según la imagen de Cristo a través de este conflicto?
7. ¿En qué ha estado confiando como guía en esta situación: sus sentimientos y opiniones personales acerca de lo que está bien o el estudio y la aplicación cuidadosos de lo que enseña la Biblia? ¿En qué confiará en el futuro?
8. ¿Con qué está luchando más en este momento (ej: los ataques de su oponente, controlar su lengua, temor de lo que ocurrirá, falta de apoyo de otros)?
9. ¿Cómo podría usar los recursos que Dios ha provisto (la Biblia, el Espíritu Santo, otros cristianos) para tratar con estas luchas?
10. Si Dios fuera a evaluar este conflicto una vez terminado, ¿cómo le gustaría que completara estas oraciones:
 “Estoy contento porque no hiciste lo siguiente:...”
 “Estoy contento porque hiciste lo siguiente:...”
11. Anote en su cuaderno, delante el Señor, una oración basada en los principios aprendidos en este capítulo.